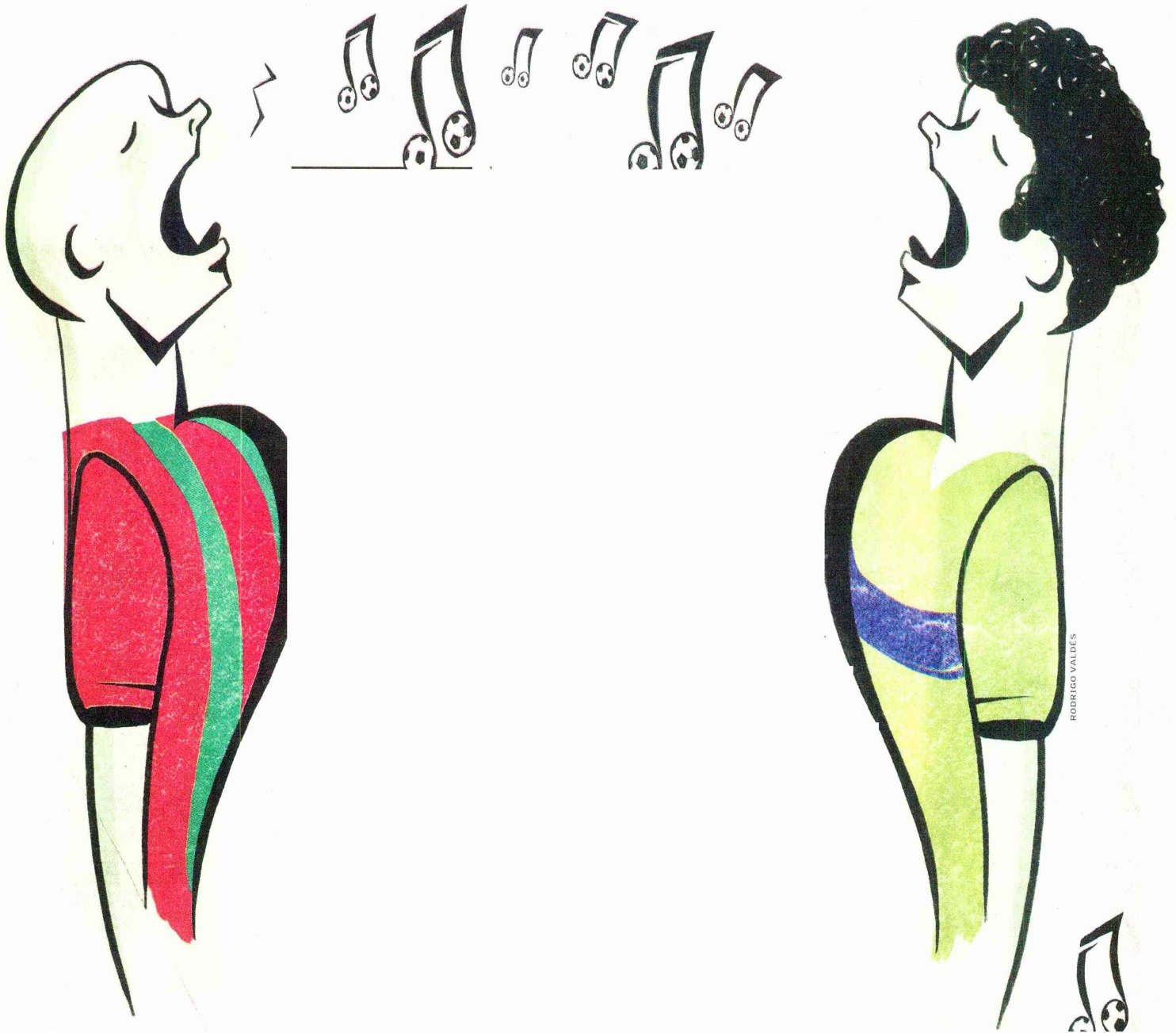


Medio	El Mercurio
Fecha	28-6-2014
Mención	La “batalla” de los himnos nacionales. Habla Juan Pablo González, Director del Instituto de Música UAH.

Las historias y controversias detrás de las canciones oficiales, más allá del Mundial de Fútbol:

La "batalla" de los himnos nacionales

Este ritual cívico patriótico suele ser materia de debate y revisionismo. Desde los alemanes, incómodos con su pasado, hasta los japoneses, que buscan reafirmar su orgullo nacional, el asunto significa mucho más que solo sonar afinado.



“Esta música nos ahorrará muchos cañones”, habría dicho Napoleón tras notar cómo La Marsellesa —compuesta en 1792— enaltecía el espíritu de los soldados franceses con su llamado “a las armas” a los “hijos de la patria”. Un sentimiento nacionalista que se replicaría décadas más tarde con rebeldía, cuando durante la ocupación nazi esta famosa marcha de combate se convirtió en un símbolo de la resistencia.

Hoy, en un escenario muy distinto, con jugadores e hinchas de fútbol en vez de soldados, y estadios en vez de campos de batalla, no han sido tanto los franceses como sí los chilenos, brasileños y colombianos los que más han destacado por la estremecedora entonación de sus himnos nacionales durante el Mundial de Brasil. De manera paralela a los caprichos de la pelota, el evento se ha convertido en una vitrina de las canciones oficiales de los países, una competencia no declarada que —sin querer— ha dado algunas pistas sobre las identidades nacionales.

Respecto de la selección de Chile se han dado casos interesantes. Cuando enfrentó a España, tocó escuchar la Marcha Real, uno de

los poquísimos himnos —junto al de San Marino— que no tienen letra oficial, y que hasta hoy es muy resistido entre las comunidades autónomas. Luego, cuando jugó contra Holanda, sonó nada menos que la canción nacional más antigua del mundo, *Wilhelmus*, que data de 1568. Y hoy, cuando juegue contra Brasil, los locales corearán un himno que ha sido modificado varias veces desde la primera versión que compuso el mismísimo Emperador Pedro I.

¿Pueden los himnos ganar los partidos? Según futbolistas y cronistas deportivos, al menos dan un empujón motivacional. Para otros, quizás, es un mero trámite. Y para los menos, como el futbolista francés Karim Benzema, quien tiene orígenes argelinos y se niega a cantar el himno nacional, puede ser hasta una declaración política.

Pero lo que sí es claro es que su simbolismo cambia de país en país, e incluso dentro de las mismas naciones existen cuestionamientos y polémicas sobre cómo estas canciones representan (o no) la identidad local. Mientras en algunas partes el himno es un emblema casi intocable, en otras no solo quieren modificar ciertas frases controvertidas, sino que cambiarlo completamente. Para países con historias dramáticas, un nuevo himno también repre-

senta un nuevo comienzo.

“Los himnos comenzaron a aparecer como parte del proceso de construcción de las naciones”, explica el musicólogo José Manuel Izquierdo, académico del Instituto de Música UC, quien comenta cómo los países empezaron a preocuparse de tener una canción oficial en el siglo XIX con el auge de La Marsellesa o del *God Save the King* (o *Queen*) británico, que además es himno oficial en más de 15 naciones. “En general, la importancia de los himnos es cambiante, y ahí radica su gran riqueza. Un himno puede significar terror para una comunidad, y años más adelante tornarse parte de un espíritu o esperanza. Y no necesariamente son adoptados con rapidez”, añade el experto, quien cursa un doctorado en la U. de Cambridge.

Juan Pablo González, director del Instituto de Música de la Universidad Alberto Hurtado, destaca su valor. “Es como la bandera o el escudo. Es una instancia simbólica que representa, que necesita sus elementos distintivos”, afirma. “El himno tiene que ser muy aglutinante de toda la nacionalidad, y no puede abanderarse políticamente”.

La evidencia, sin embargo, no siempre respalda esto último.

Sudáfrica y Libia: un nuevo comienzo

Para varios países, la adopción de un nuevo himno nacional tiene que ver con refundar la nación.

El caso más claro es el de Sudáfrica, que cambió su himno en 1997 bajo el gobierno de Nelson Mandela para celebrar la abolición del *apartheid*. La actual canción combina partes del antiguo himno *Die Stem*, cantado por la minoría blanca en afrikaans, con el tema *Nkosi Sikelel iAfrika*, más representativo de la mayoría negra y que es usado también en Zambia y Tanzania. La versión oficial actualmente tiene estrofas en xhosa, zulú, sesotho, afrikaans e inglés.

De modo similar, Libia cambió su antiguo himno en 2011, tras la caída de Moammar Jaddafi, e Irak hizo lo mismo en 2004 luego del derrocamiento de Saddam Hussein, reemplazando el *Ard al Furatay* —que incluía loas al partido Baas— por el *Mawtini*, un popular himno del mundo árabe que solían cantar los palestinos durante el mandato británico en los años 30.

El último país en aparecer en el mapa, Sudán del Sur, también nació de la mano de un himno. Incluso antes del referéndum en el que votó por la independencia, en 2011, el país ya tenía elegida una canción oficial, titulada *South Sudan Oyee!*, algo así como "¡Sudán del Sur, hurra!".

EE.UU.: el himno más “versionado”

The Star-Spangled Banner, el himno estadounidense, probablemente sea la canción nacional con más versiones. Escrita en 1814 y adoptada oficialmente en 1931, se toca al inicio de casi todos los eventos deportivos, y es uno de los símbolos nacionales más respetados en el país.

Ello, sin embargo, no significa que no se pueda reinterpretar. En 1969 Jimi Hendrix convirtió el himno en un alabado solo de guitarra eléctrica —una forma de protestar contra la guerra de Vietnam—, y decenas de artistas han creado sus propias versiones en casi todos los estilos, muchas de ellas fallidas. Quizás las más celebradas fueron las dos que grabó Whitney Houston, las únicas que ingresaron al Top 40 de Billboard.



EL NIÑO ESTADOUNIDENSE Sebastián de la Cruz, de origen mexicano, cantó vestido de charro el himno de EE.UU. en el inicio de una de las finales de la NBA entre Miami Heat contra San Antonio Spurs.

La campaña "bolivariana"

Tal como destaca el académico José Manuel Izquierdo, los himnos en América Latina tuvieron un rol importante en el "complejo proceso de desestructurar un imperio en naciones independientes" tras la emancipación. "¿Dónde termina Perú y comienza Ecuador o Chile? Los himnos cumplían un rol clave en esto, y lo siguen cumpliendo", señala el experto, *resaltando la tradición, muy propia de la región, de enseñar y cantar el himno en los colegios.*

En el siglo XXI, este tipo de nacionalismo lo han reinterpretado los países del eje "bolivariano".

El Presidente boliviano, Evo Morales, no ha cambiado (hasta ahora) la letra del himno nacional, pero sí ha promovido el gesto de levantar el puño izquierdo en alto y poner la mano derecha en el corazón.

En Venezuela sería impensable modificar el Gloria al Bravo Pueblo, uno de los himnos más antiguos de la región. Sin embargo, el año pasado el gobierno lanzó un concurso para cambiar el himno de Caracas para que "se respire" al fallecido Hugo Chávez. Y en Ecuador, el Presidente Rafael Correa borró una estrofa del himno de Quito, por considerar que era una "oda al colonialismo".

España, en busca de letra

Una de las rarezas del repertorio de himnos nacionales es la Marcha Real o Marcha Granadera de España, que no tiene letra oficial. Compuesta en 1761 y adoptada por el rey Carlos III, ha habido varios intentos por agregarle versos, los más antiguos en 1843, pero ninguno ha logrado convencer.

"Como no hay unidad dentro de esta España tan diversa, eso se ve reflejado en un himno sin letra", comenta Juan Pablo González.

El problema es grande en las comunidades con reclamos independentistas, donde la falta de letra da espacio para enormes pifiaderas, como las que recibió la final de la Copa del Rey de 2009 entre el Barcelona y el Athletic de Bilbao, ambos clubes de Cataluña.

El debate continúa hasta hoy. En 2007, el Comité Olímpico Español impulsó un concurso para elegir una letra que acompañase la entonación del himno en los actos deportivos, incluso pretendía juntar firmas para hacerlo oficial, pero ante las críticas retiró la moción. La última iniciativa fue del cantante Joaquín Sabina, que en 2012 presentó una versión auspiciada por el partido Ciudadanos, y que comenzaba: "*Ciudadanos, ni héroes ni villanos/hijos del ayer, hay tanto por hacer*".

Alemania y Japón: el lastre del pasado

Das Deutschlandlied, "La Canción de Alemania", tiene como gracia que fue compuesta por uno de los más ilustres compositores clasicistas, Joseph Haydn, honor que también tiene Austria, cuyo himno es firmado por el mismo Wolfgang Amadeus Mozart. Sin embargo, el período nazi marcó negativamente el himno alemán, sobre todo su primera estrofa, "*Deutschland, Deutschland über alles*" ("Alemania, Alemania sobre todo"), que fue asociada con la aspiración expansionista de Hitler y ahora se ha vetado de la versión oficial. A eso se suma que, por décadas, una mitad del país, la ex RDA, tenía otra canción nacional.

"Es muy raro que un alemán se sepa su himno, pues tras la 'desnazificación' fue prácticamente prohibido y es mal visto. Del mismo modo, Japón tiene una larga tradición emocional con su himno, al igual que Rusia, y se debate entre aceptar sus imperios antiguos —en el caso ruso la URSS— o dejarlo de lado", señala José Manuel Izquierdo.

En el caso de Japón, el *Kimi*

ga yo —el himno más corto del mundo, cuyo texto es del siglo IX— es controvertido porque sus referencias al emperador remiten al pasado militarista del país. Recién en 1999 el gobierno convirtió el himno en oficial, y en medio de una campaña de recuperación del orgullo nacional, a partir de 2003 las autoridades de Tokio lo decretaron como obligatorio en escuelas. Desde entonces, centenares de profesores han sido sancionados por rebelarse y no cumplir con la normativa, e incluso han aparecido versiones sarcásticas que cambian la letra, como "Kiss me girl", que logran el mismo movimiento de labios que las palabras del himno oficial.



THE ASSOCIATED PRESS

Los intentos por “retocar” la canción oficial

Modificar una estrofa desafortunada o ex-temporánea del himno es un tema recurrente. Sin ir más lejos, la mayoría de las canciones en Latinoamérica han cambiado las sanguinarias referencias a los colonizadores españoles: el antiguo himno de Chile, en 1819 (la versión de Manuel Robles), hablaba de “*arrancad el puñal al tirano/quebrantad ese cuello feroz*”, mientras que el argentino aludía a los “tigres sedientos de sangre” y a los “fieros opresores de la patria”.

Hasta hoy a muchos les gustaría cambiar una

parte que no les gusta. Hace tres años en Perú se organizó un movimiento para reescribir un verso que, según sus promotores, crea un complejo de inferioridad entre los ciudadanos: “*Largo tiempo el peruano oprimido/ la ominosa cadena arrastró*”, reza la primera estrofa. “*Condenado a cruel servidumbre/ largo tiempo en silencio gimió*”, sigue. En 2009, el gobierno cambió el himno para evitar esta parte, pero no la eliminó.

También ha habido casos recientes en Costa Rica, donde grupos de mujeres han presentado

quejas por una parte que habla de un “pueblo viril”, o en Argentina, donde el año pasado un dirigente propuso una letra alternativa con un reconocimiento a la “rebeldía del inca”.

En el centro de estos intentos, está la cuestión de cómo se ven los mismos ciudadanos de un país. “¿Debe definir un himno los criterios de identidad de un país al punto de cambiar cuando el país se ha redefinido?”, pregunta Izquierdo. “Es una tremenda pregunta. Aunque a veces puede bastar con un *lifting*”.

